

único objeto de mis fatigas, y el norte seguro adonde se dirijan mis esperanzas. Teniéndooos á vos, tendré segura la salvacion de mi alma, y podré confiar que cooperaré tambien á la de mis prójimos. No se apartará de mi memoria lo que dice vuestro divino espíritu en el Eclesiástico (cap. 14): *El que para si es malo, ¿para quién podrá ser bueno?* Si yo desprecio mi salvacion, ¿cómo será posible que procure la de mis hermanos? Echad, Dios mio, vuestra soberana bendicion sobre estos pensamientos que me inspira vuestra misericordia, y dadme gracia para permanecer firme en estos santos propósitos.

---

DIA ONCE.

SAN TÁRACO, PROBO Y ANDRÓNICO,  
MÁRTIRES.

San Táraco fué romano, es decir, gozaba derechos y privilegios de ciudadano romano. Nació en Claudiópolis de Isauria, y fué hijo de tropa. Era de setenta y cinco años de edad, y habia servido en los ejércitos de los emperadores con el nombre de Victor; pero haciéndose cristiano, dejó el servicio, pidiendo licencia á su capitan que se llamaba Polibion.

Probo, de menes edad que Táraco, aunque era originario de la provincia de Tracia, nació en la de Panfilia, y sin embargo de ser de familia humilde y plebeya, era hombre rico; pero todo lo dejó por dedicarse únicamente al servicio de Dios.

Andrónico fué de nacimiento mas illustre; debióle á una de las casas mas calificadas de la ciudad de Efeso; era jóven, bien dispuesto y de mucho talento. No se

sabe por qué casualidad ó aventura los juntó á todos tres la divina Providencia; solo se sabe que por los años de 304, poco despues que se publicaron los edictos de los emperadores Diocleciano y Maximiano contra los cristianos, dos arqueros ó dos alguaciles, llamados Eutolmio y Paladio, presentaron á Máximo, gobernador de Cilicia, aquellos tres extranjeros por haber confesado desde luego que eran cristianos. Dió principio el gobernador á su interrogatorio por el mas viejo, y le preguntó cómo se llamaba. *Llámome cristiano*, respondió Táraco. *Impío*, replicó Máximo, *no te pregunto tu profesion, sino tu nombre. Mi nombre es cristiano, porque lo soy*, repuso Táraco. Irritado el gobernador, mandó descargar crueles bofetadas sobre su venerable rostro; no cesando de exhortarle á que tuviese lástima de su ancianidad, y tratase de rendir culto á los dioses á quienes adoraban los emperadores. *Y porque los emperadores quieran adorar á los demonios*, respondió Táraco, *¿tengo de adorarlos yo? No hay en el cielo ni en la tierra mas que un solo Dios; á este adoro; á su santa ley me rindo, la guardo y la obedezco. Infeliz y miserable*, replicó Máximo, *¿háll otra ley que la del príncipe? Y como que la hay*, respondió el santo mártir; *la ley de Dios que condena vuestra impiedad. Despójente de los vestidos*, dijo colérico el tirano, *despedácnle el cuerpo á azotes para ver si sana de su locura. La mayor prueba del juicio y de la cordura de los cristianos*, respondió Táraco, *es sufrir todos los tormentos y la misma muerte por amor de Dios y de su único hijo Jesucristo. Luego tú adoras dos dioses*, le arguyó Máximo; *y si adoras dos, ¿qué razon tendrás para no adorar á los nuestros? No lo permita Dios*, respondió el santo; *á uno solo adoro cuando adoro al Hijo, que es en todo igual y consubstancial á su Padre. Para conocer este misterio, es menester ser cristiano; sin je ni se puede discurrir, ni se puede hablar*

*de Dios como se debe.* Indignado el juez con tan animosas como desengañadas respuestas, mandó que le cargasen de cadenas, y le encerrasen en un calabozo.

Mandó despues que se presentase Probo, y en tono colérico le dijo: *¿Serás tú tan mentecato como tu compañero, que quieras preferir la muerte al amor del soberano? ¿Cómo te llamas? El nombre con que me honro mas es el de cristiano,* respondió el generoso confesor de Jesucristo; *¿para qué quieres saber otro? El de Probo que los hombres me impusieron nada significa. Por lo demás, te diré con tu licencia que no hay mayor juicio ni mayor discrecion que conocer, amar y servir á un solo Dios verdadero, como ni mas lastimosa locura, ni mas insigne mentecatez que adorar por dioses á unos inanimados ídolos, bras sin espíritu que fabricaron las manos de los hombres.* La única respuesta del tirano fué mandar que le tendiesen sobre el potro, y que le despedazasen á azotes con nervios de bueyes; crueldad que se ejecutó con tanta violencia, que todo el pavimento quedó cubierto de sangre. *Tus ministros,* dijo el santo con semblante apacible y siempre sereno, *tus ministros hacen conmigo oficio de médicos, los cuales sajan para curar; muy agradecido les estoy por la exactitud y por el ardor con que obedecen lo que les mandas.* Rabioso Máximo por la serenidad que mostraba el santo mártir, le dijo como por mota: *Lástima es que no esté aquí presente Dios para que te cure tus llagas y te dé algun refrigerio. Presente y muy presente está,* respondió Probo, *de que es buena prueba no solo la paciencia, sino el consuelo con que sufro mis dolores. Este mi Dios es el que me fortalece, el que me consuela, el que me asiste actualmente, y el que tambien me asistirá, si fuere su voluntad, hasta el último aliento de mi vida.* Reventando el tirano de cólera y de despecho, mandó que le quitasen del potro, que le cargasen de cadenas, que le encerrasen en el calabozo, y que le

metiesen en el cepo hasta las troneras ó los agujeros del cuarto orden, especie de tormento verdaderamente horrible.

Demetrio, capitan de una compañía de soldados que estaba de guarnicion en la ciudad, le presentó á Andrónico, el tercero de los santos mártires, el mas jóven de todos, pero no menos esforzado ni menos ansioso del martirio que sus dos compañeros. Luego que Máximo le vió, se sintió inclinado á amarle, y movido de compasion, dió principio al interrogatorio en la fórmula ordinaria, preguntándole blanda y cariñosamente su nombre, su calidad y el lugar de su nacimiento. *Mi nombre es Andrónico,* respondió el generoso mancebo, *mi patria Éfeso, y mi calidad muy conocida en aquel numeroso pueblo; pero el verdadero nombre, la verdadera calidad y la verdadera nobleza de que únicamente me precio es de ser cristiano.* Ya veo, querido mio, replicó el gobernador, *que esos dos insignes embustersos que acabo de castigar trastornaron tu buen juicio con sus hechizos y con sus encantos; pero, hijo, no puedo creer que un jóven de tan bello entendimiento como tú se quiera exponer á sangre fria y por su gusto á los mas crueles tormentos y á una muerte ignominiosa. Si tengo ese bello entendimiento como supones,* respondió Andrónico, *y si no he perdido el buen juicio que me atribuyes, debo despreciar esos tormentos, y aun esa ignominiosa muerte, que dura pocos instantes, por no incurrir en la muerte y en los tormentos eternos, destinados á los idólatras y á los enemigos del nombre cristiano.* No esperaba Máximo esta respuesta; pero aunque interiormente se irritó con ella, disimulando su enojo, le dijo con blandura: *Perdono á tu inconsiderada juventud una respuesta tan extravagante; pero, hijo, dejémonos de palabras, es menester sacrificar en este mismo punto á los dioses de los emperadores, que fueron tambien los dioses de nuestros abuelos; porque no*

se ha de decir en mis dias (aqui levantó la voz en tono bronco, sañudo y enfurecido), no se ha de decir en mis dias que una desdichada secta de miserables cristianos se nos venga delante de nuestros mismos ojos á menospreciar los dioses del imperio, y á pretender que mudemos de religion. Joven soy, respondió el santo modesta y respetuosamente, joven soy, es verdad, pero tengo la dicha de ser cristiano, y la fe suple la falta de los años. Si tú conocieras como yo la impiedad del paganismo, la imposibilidad de muchos dioses, la verdad, la sabiduría y la santidad de la religion cristiana, lejos de exhortarme á rendir adoraciones á unos dioses sin otro ser que el que les fingió la fábula, Máximo, tú mismo te harías luego cristiano. Convirtióse en furor la ternura del tirano, y mandó que, despojándole al punto de sus vestidos, le colgasen de la garrucha. Compadecido el capitán Demetrio, le quiso exhortar á que se aprovechase de la inclinacion que el gobernador le profesaba; pero Andrónico se burló de sus exhortaciones. Hallábase presente cierto alcaide de una de las cárceles, llamado Atanasio, y movido tambien de lástima, se empeñó en persuadirle á que sacrificase, valiéndose de las razones mas fuertes y mas tiernas que le pudo inspirar la compasion. Créeme, querido mio, le decia, obedece al gobernador, y no te obstines en perderte; sigue mi consejo, pues ya ves que por los años pudiera ser tu padre. No por que seas mas viejo, eres mas cuerdo, respondió Andrónico, pues me aconsejas que ofrezca sacrificios á los troncos y á las piedras en menosprecio del verdadero Dios, mi criador, mi soberano juez, y que tambien lo ha de ser tuyo. No se atrevió Atanasio á replicarle; pero el gobernador mandó á los verdugos que le atormentasen cruelmente en las piernas, donde siempre es mas vivo el dolor. Con efecto, le sintió vivamente el santo mártir, y tanto, que, no pudiendo disimular, protestó que, aunque era grande el dolor

que padecia, le toleraba con gusto por la confianza que tenia en la misericordia y en la bondad del Señor. Créeme, hijo mio, le dijo el gobernador por última señal de compasion, déjate de ese capricho, adora desde luego los dioses que adoran los emperadores, y yo te prometo que muy en breve experimentarás los efectos de su benevolencia y de su favor. Respeto, como debo, á los emperadores, respondió Andrónico; pero detesto y detestaré siempre su falsa religion, pues les enseña á adorar á los demonios y á ofrecerles sacrificios. Mostróse Máximo extrañamente irritado con esta última respuesta de nuestro santo, y mandó á los verdugos que le surcasen los costados con uñas ó con garfios de acero; que le echasen sal en las llagas, y que despues se las frotasen con cascotes de hierro viejo, amenazándole que cada dia le haria padecer nuevos tormentos. Mostró entonces Andrónico mas valor y mas constancia que nunca, protestando que, lejos de acobardarle los tormentos, le alentaban y le fortalecian mas y mas; y que, teniendo colocada toda su confianza en solo Dios, con igual desprecio trataba sus amenazas que sus suplicios. Era ya todo su cuerpo una sola llaga; y en este estado mandó el juez que le echasen al cuello y á los piés una gruesa cadena, y que le encerrasen en un oscuro calabozo, con orden expresa de que ninguno entrase á verle ni á curarle, para que, enconadas y encanceradas las llagas, se viniese á poder vivo.

Pasó Máximo de la ciudad de Tarso á la de Mopuesta, adonde mandó le siguiesen los tres ilustres prisioneros con resolucion de tentarlos en otro segundo interrogatorio, y no sin esperanza de que el tiempo los habria hecho mas dóciles, y los hallaria menos constantes. Fué presentado el primero san Táraco, á quien le dijo el gobernador que, habiéndole dado aquel tiempo para que pensase mejor lo que le

tenia cuenta, no dudaba encontrarle ahora mas arri-  
mado á la razon que en la primera audiencia. *Acuérdate que soy cristiano*, le respondió Táraco, *y los cristianos cuanto mas lo piensan mas cristianos son, mas firmes se mantienen, y con mayor intrepidez desprecian los suplicios*. Mandó el tirano que le hiciesen pedazos los dientes y las mandíbulas á crueles golpes de una dura piedra, y que tendido en el potro le despedazasen á azotes. *Haz de mi cuerpo lo que quisieres*, dijo el santo mártir mientras duró este suplicio, *Dios es mi fortaleza, y en él espero burlarme de tus tormentos*. Abrasáronle las manos sin que se observase en él ni el mas leve movimiento de impaciencia. Colgáronle cabeza abajo, cayendo esta perpendicularmente sobre un humo tan espeso como hediondo. *Si me burlé de tu fuego*, dijo entonces Táraco al gobernador, *¿qué caso he de hacer de tu humo?* Derramaron sal y vinagre sobre sus llagas; y cansando ya á Máximo la heroica constancia del invicto mártir, mandó que le restituyesen á la cárcel, diciéndole que le quedaba preparando nuevos y mas atroces suplicios.

Presentóse Probo á la segunda audiencia con mayor despejo y aun con mayor resolucion en sus respuestas que habia salido á la primera. Aplicáronle planchas de hierro ardiendo á todo el cuerpo, y sin embargo de que tenia ya tostada toda la piel, dijo que no era cosa lo que calentaba. Despedazaron sus carnes hasta que se descubrieron los huesos: cansó el generoso mártir á los verdugos, y dijo al juez que, si no tenia mas tormentos que aquellos era poquita cosa para derribar la constancia de los cristianos; y que, si queria experimentar hasta donde llegaba el poder del Dios que estos adoraban, era menester que inventase nuevos suplicios. Reventaba Máximo de cólera al ver la burla que hacian los santos mártires tanto de sus dioses como de sus tormentos; y no sa-

biendo ya de qué tormento echar mano, ordenó que le rasasen el pelo á navaja, y le echasen carbones encendidos sobre la cabeza; suplicio que no alteró un punto la paciencia ni la serenidad de Probo, y con esto le restituyeron á la cárcel.

Salió al tribunal Andrónico, y el juez le quiso persuadir que ya en fin sus compañeros se habian reducido á sacrificar á los dioses, y que ahora solo atendia á curarles las heridas. Sonrióse el santo, y le respondió: *Pues las mias ya están curadas; y así no tengo necesidad de ofrecerles sacrificio. Aquí me tienes pronto á sufrir nuevos tormentos por amor de aquel Señor que me curó, y por cuya gloria combatieron generosamente mis amados compañeros*. Quedó Máximo extrañamente sorprendido cuando le vió del todo sano, jurándole el carcelero que ningun hombre mortal habia llegado á él; y pareciéndole preciso al santo publicar el verdadero autor de aquella maravilla, le dijo: *No te admires, señor, de verme sano y robusto; esta ha sido obra de mi Dios, aquel médico celestial y todopoderoso, que con sola su palabra nos cura de todos los males cuando es su voluntad*. No se detuvo el gobernador en profundizar mas la materia, y dijo al santo que á Táraco y Probo les habia salido cara la terquedad en negar el culto á los dioses inmortales y la debida obediencia á los emperadores, y que esperaba que Andrónico seria mas cuerdo, escarmentando en cabeza ajena, y concluyó: *Ello de grado ó por fuerza es preciso obedecer; y si lo hicieres de tu buena gracia, te ahorrarás muchos tormentos*. En tus manos me tienes, respondió el santo, como víctima dispuesta á ser sacrificada en holocausto del Dios vivo; acaba el sacrificio cuando te pareciere. Ya no guardó medidas el tirano á vista de la magnanimidad del santo mártir. Mandó que le amarrasen á cuatro palos ó estacas, y que, en esta postura, entre colgado y ten-

dido, despedazasen su cuerpo con crueles azotes de vergas y de ramales armados con unas bolas de plomo. Mostróse Andrónico con inalterable tranquilidad; y cansado Máximo de atormentarle, ordenó que le restituyesen á la cárcel, y le encerrasen en el mas profundo calabozo, sin que á nadie se le permitiese hablarle ni verle.

De Mopsuesta se trasladó el gobernador á Anazarbo, adonde mandó que le siguiesen tambien los santos prisioneros, y cuando llegó el dia de audiencia pública, los hizo comparecer. Preguntó á Táraco si se mantenía tan fiero y tan indiferente en Anazarbo, como lo había estado en Tarso y en Mopsuesta. *Los cristianos, le respondió el santo, no conocemos la fiereza; mas por lo que toca á la indiferencia, te equivocas mucho; lejos de mirar yo con ella los tormentos, ninguna cosa deseo con mayor ansia que padecer muchos por el amor de Dios y por la gloria de su nombre. Ya te entiendo, replicó el tirano, sin duda querrias tú que te mandase cortar la cabeza. Nada menos, respondió Táraco, todo lo contrario; antes bien me darás el mayor gusto en prolongar el combate para que sea mas gloriosa la corona. Serás servido, repuso Máximo, porque no creas que te he de condenar á morir de golpe; irás muriendo á pausas y por partes, de modo que regalaré á las fieras con lo poco que quedare de tu cuerpo. Sin duda esperarás que, despues de muerto, vendrán unas buenas mujeres, y le embalsamarán; pero yo daré providencia. Vivo y muerto, replicó el santo, podrás hacer de él lo que quisieres, ese es negocio que me da muy poca pena.* Mandó el tirano que le cortasen los labios y le sajasen la cara; hecho esto, que con una navaja le levantasen el pellejo de la cabeza, y que debajo le echasen carbones encendidos; que despues le aplicasen una barra de hierro ardiendo debajo de los sobacos, y le metiesen otra igualmente penetrada de

fuego por el estómago; sin que en toda esta bárbara carnicería, que causaba horror á todos los circunstantes, se le escapase al santo mártir ni el mas leve indeliberado movimiento de impaciencia.

Entraron tambien los santos Probo y Andrónico al tercer interrogatorio, y poco mas ó menos sufrieron los mismos tormentos, triunfando en ellos la fe con nueva intrepidez, y con nueva generosa constancia. Hizo el tirano colgar á san Probo cabeza abajo; mandó aplicarle á los costados barras de hierro ardiendo, y taladrarle manos y piés con agujas encendidas, rindiendo el santo mártir mil gracias al Señor porque aquellas sangrientas llagas le traian á la memoria las que Jesucristo había padecido por él. No fué atormentado Andrónico con inferior crueldad; y porque en todos los tormentos no cesaba de bendecir al Señor, mandó Máximo que le cortasen los labios, que le arrancasen los dientes y que le cortasen la lengua. Dió despues orden de que así los dientes, como la lengua fuesen arrojados en el fuego hasta que se hiciesen ceniza, y que esta ceniza se esparciese por el aire, *para que no vengan despues los supersticiosos cristianos, añadió, á recoger estos infames despojos para conservarlos despues como preciosas reliquias.* Tan comun era ya entonces la persuasion de que los fieles veneraban á los santos mártires, honrando con devoto respeto todo cuanto les había pertenecido.

Al salir de la audiencia, mandó el gobernador publicar que el dia siguiente había combate de fieras y gladiadores, cuya voz atrajo el gentío de todo el contorno. Como los santos mártires no se podían mover por sí mismos, fueron conducidos en hombros ajenos y colocados en medio del circo. Luego que entró Máximo en el anfiteatro, mandó que soltasen de una vez muchas fieras contra ellos, pero ni una sola los tocó. Bramando de rabia y de furor, el tirano dió ór-

den de que les echasen las mas feroces y las mas hambrientas. Abrieron la jaula á una ferocísima osa, que salió al circo respirando saña, y parecia que iba á hacerlos pedazos á todos; pero cuando estuvo á distancia de dos pasos de los mártires, se paró de repente, dió dos ó tres vueltas al rededor de ellos bajando como por respeto la cabeza, encaminóse adonde estaba Andrónico, y echándose á sus piés, comenzó á lamerle blandamente las heridas. Resonaron en todo el anfiteatro gritos de aplauso y de admiracion; tanto, que, no pudiendo Máximo disimular ni su confusion ni su enojo, mandó que matasen á la fiera á los piés del mismo santo. Salió, en fin, una leona que con sus espantosos rugidos llenó de miedo y de terror á todos los circunstantes; parecióles á todos que veian ya el instante en que los mártires iban á ser sangriento y menudo destrozo de sus garras; pero quedaron atónitos y embargada la voz con el asombro cuando vieron que la fiera, olvidada de su ferocidad y de su hambre, despues de pararse un rato á mirar á los tres campeones con apacibilidad y con sosiego, se fué á postrar blandamente á los piés de san Taraco, bajando la cabeza como en señal de lo mucho que le respetaba. Ya no pudo el circo reprimir los alaridos en que le hizo prorumpir la admiracion de aquel prodigio, pero el tirano, mas fiero que la fiera misma, la mandó irritar para que entrase en furor. Consiguiólo; pero fué para hacer pedazos á los que la irritaban: lo que visto por el gobernador, dió órden para que prontamente la encerrasen en la jaula; y rezelando algun motin popular, ordenó á los gladiadores que matasen á los santos; los cuales, levantando los ojos al cielo, y suplicando al Señor se dignase aceptar el sacrificio de su vida, consumaron con la espada su glorioso martirio el dia 11 de octubre.

Retiróse Máximo, dejando un cuerpo de guardia de

diez soldados para que los cristianos no se apoderasen de los santos cuerpos; pero estos, que habian sido testigos de todo desde el lugar donde estaban escondidos, pidieron fervorosamente al Señor les facilitase medio para lograr la posesion de aquellas santas reliquias. Inmediatamente fué oida su oracion; porque en el mismo punto se levantó una horrible tempestad, acompañada de un furioso terremoto, que puso á los guardias en precipitada fuga. Pero como era de noche, y muy de intento habian dejado mezclados y confundidos los cuerpos de los tres mártires entre los gladiadores y gentiles que fueron despedazados, se hallaron los fieles con este nuevo embarazo; y para salir de él, recurrieron segunda vez á la oracion. Fué tan eficaz como la primera; porque de repente vieron desprenderse del cielo un brillante globo de luz en figura de estrella, que sucesivamente se fué colocando y como descansando sobre los tres santos cuerpos, de lo que dan testimonio los mismos cristianos en las actas que inmediatamente dispusieron; y guiados de la misma luz, los condujeron á un monte, donde los enterraron en la concavidad de un peñasco, oportunamente abierto para servirles de sepultura, y cerraron bien la entrada, muy persuadidos de las diligencias y pesquisas que haria el gobernador para descubrir los santos cuerpos. Con efecto, por tres dias enteros los hizo buscar con exquisitas diligencias, y condenó á muerte á los guardias por haberlos dejado robar. Luego que el tirano se ausentó, comenzaron los cristianos á tributar pública veneracion á su memoria; y fué tanta su destreza, que lograron sacar de la misma secretaria del gobierno los autos originales de sus tres interrogatorios, á los que añadieron todo lo sucedido despues del último, y estas actas las comunicaron á los cristianos de Iconia, de Pisidia, de Panfilia, y á toda la iglesia de Oriente.

## MARTIROLOGIO ROMANO.

En Tarso de Cilicia, la fiesta de san Táraco, san Probo y san Andrónico, mártires, que en la persecucion de Diocleciano sufrieron largo tiempo los horrores de la cárcel, y padecieron por tres veces tormentos y suplicios diferentes, llegando al cabo á la corona de la gloria confesando á Jesucristo por quien se dejaron cortar la cabeza.

En el país Vexino, el suplicio de san Nicasio, obispo de Ruan, de san Gerino, presbítero, de san Egobilo, diácono, y de santa Pienza, virgen, mártires bajo el presidente Fescenino.

Como igualmente, el martirio de san Anastasio, presbítero, san Plácido, san Genesio, y de sus compañeros.

En la Tebaida, san Sármato, discípulo de san Antonio, abad, á quien los sarracenos quitaron la vida por Jesucristo.

En Besanzon de Francia, san German, obispo y mártir.

En Uzés en la Galia Narbonense, san Fermin, obispo y confesor.

En Escocia, san Kenny, abad.

En Lira de Bélgica, el tránsito de san Gomer, confesor.

En tierra de Rennes, san Emiliano, confesor.

En Tarso de Cilicia, las santas matronas Zenaida y Filonila, hermanas, parientas del apóstol san Pablo, y sus discípulas en la fe.

En Verona, santa Placidia, virgen.

En Meaux, el natalicio de san santino, obispo.

Este mismo dia, san Cautino, obispo, venerado en Vannes.

En Turena, la muerte de san Venanto, abad.

En Fontenay en el Limosin, san Morino, monje, cuyo nombre lleva una iglesia abacial en Agenois.

En Lagny, diócesis de Paris, san Ansillon, monje.

En Pavilly de Normandía, santa Juliana, virgen, abadesa de dicho lugar, cuyo cuerpo es venerado en Montreuil del mar en la iglesia de Santa Austreberta.

En Angoumois, san Graulso, confesor.

Este propio dia, san Guenardo, confesor, venerado tanto cerca de Langres como cerca de Noaille en el Poitou.

En Reims, el venerable Brunon, arzobispo de Colonia, cuyo cuerpo se halla en Colonia en la iglesia de San Pantaleon.

En Ostreloo cerca de Brujas, el venerable Querlino, solitario.

En Etiopia, san Miguel el Aragave, es decir, el Anciano, uno de los nueve principales propagadores de la fe en aquel país, despues de san Frumencio.

En Salerno, san Gramacio, obispo, cuyo cuerpo está en San Bonoso.

En Como, san Eupilo, obispo, cuyas reliquias se nallan, la mitad en la catedral llamada Santa Maria la Nueva, y la otra mitad en San Abondo.

En la Lagenia en Irlanda, san Forquerno, obispo.

En Berking en el condado de Essex cerca de Londres, santa Etelburga, abadesa de dicho lugar.

En el condado de Ast, san Eufroy, monje, cuyo cuerpo es venerado en la catedral de Alba: hay tambien una iglesia de su nombre en Querasque.

En la diócesis de Benevento, san Paldon, abad de San Vicente de Vulturno, cuya vida ha sido escrita por san Auperto.

En Bitinia, el fallecimiento de san Teófanos el Grapto, obispo, compositor de muchos himnos en loor de muchos santos.

Este propio día, el bienaventurado Jacobo el Aleman, pintor de vidrios, y luego jacobita.

*La misa es en honra de los santos, y la oracion la siguiente:*

Deus, qui nos concedis sanctorum martyrum tuorum Taracii, Probi et Andronici natalitia colere; da nobis in æterna beatitudine de eorum societate gaudere. Per Dominum nostrum....

O Dios, que nos haces el favor de que celebremos el nacimiento al cielo de los santos mártires Táraco, Probo y Andrónico, haznos tambien el de que gocemos en su compañía de la eterna bienaventuranza. Por nuestro Señor...

*La epístola es del cap. 11 de la que escribió san Pablo á los Hebreos.*

Fratres: Sancti per fidem vicerunt regna, operati sunt iustitiam, adepti sunt repromissiones, obtulerunt ora leonum, exstinxerunt impetum ignis, effugerunt aciem gladii, convaluerunt de infirmitate, fortes facti sunt in bello, castra verterunt exterorum; acceperunt mulieres de resurrectione mortuos suos. Alii autem distenti sunt non suscipientes redemptionem, ut meliorem invenirent resurrectionem. Alii verò ludibria et verbera experti, insuper et vincula et carceres: lapidati sunt, secti sunt, tentati sunt, in occisione gladii mortui sunt, cir-

Hermanos: Los santos por la fe vencieron los reinos, obraron justicia, alcanzaron lo que se les habia prometido, cerraron las bocas de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon del filo de la espada, convalcieron de su enfermedad, se hicieron esforzados en la guerra, desbarataron los ejércitos de los extraños. Las madres recibieron resucitados á sus hijos que habian muerto. Unos fueron extendidos en potros, y despreciaron el rescate, para hallar mejor resurreccion. Otros padecieron vituperios y azotes, y además cadenas y cárceles: fueron apedreados, despedaza-

cuierunt in melotis, in pellibus caprinis, egentes, angustati, afflicti: quibus dignus non erat mundus: in solitibus errantes, in montibus, et speluncis, et in cavernis terræ. Et hi omnes testimonio fidei probati inventi sunt in Christo Jesu Domino nostro.

dos, tentados, pasados á cuchillo; anduvieron errantes, cubiertos de pieles de ovejas y de cabras; necesitados, angustiados, afligidos: hombres, que no los merecia el mundo, anduvieron errantes por los desiertos, las cuevas y cavernas de la tierra. Y todos estos se hallaron probados por el testimonio de la fe en Cristo Jesus nuestro Señor.

NOTA.

« En este capítulo 11 de la epístola á los Hebreos explica el Apóstol la naturaleza, hace el elogio y declara los maravillosos efectos de la fe. Por ella hicieron tantos prodigios los patriarcas y los profetas; y por ella, dice, llegaron todos los santos al colmo de la gloria, y á la posesion de la suprema felicidad. »

REFLEXIONES.

*Por la fe sujetaron los santos á los reinos.* No solo vive el justo por la fe, sino que ella, bien se puede decir así, es el móvil mas comun de sus mayores acciones. Ella les infunde aquel gran valor; ella les comunica el espíritu de discrecion, ó la discrecion de spiritus; ella quita el disfraz á los objetos mas engañosos; ella descubre la falsedad de las brillanteces aparentes, y sola ella, por oscura, por apagada que esté, produce en el entendimiento los tales cuales rayos de luz legitima y verdadera.

Tenemos poco amor de Dios, poca confianza en Dios, poca virtud y poco valor, porque tenemos poca fe; el que cree con tibieza, obra con flojedad y procede con cobardia. No digamos ya que es áspero ei